

ambición de los papas es dominar sobre los reyes y sobre los pueblos en nombre de un pretendido derecho divino. Ya hemos dado de esto mil pruebas en el curso de nuestros *Estudios*; mas puesto que los hombres de lo pasado no se cansan de engañar al mundo respecto de los verdaderos designios de la Iglesia, nosotros no nos cansaremos de denunciarlos con el testimonio de sus propios anales. En un siglo que, á pesar de parciales caídas, tiene vivas aspiraciones á la libertad, quisieran transformar en institucion liberal el catolicismo. Á esta falsificacion histórica hemos opuesto las teorías y los hechos; citemos todavía las declaraciones oficiales emanadas de la Liga: "El primer deber de los reyes es conservar y mantener el honor de Dios y de la religion. Mientras los mandamientos del rey y sus actos tiendan á la proteccion y á la defensa de la religion católica, estamos obligados á obedecerlos; mas cuando, por el contrario, sus órdenes y su conducta tiendan á la disipacion de la religion, no estamos obligados á obedecerlos, sino á oponernos á ellos... (1). La Iglesia católica es la Iglesia de Dios; la raiz de esta Iglesia está en el cielo; ella es quien mantiene el estado del mundo; sin sus oraciones, la máquina de este universo no duraría un solo momento, y todo este mundo caería en confusion," (2). ¿Á qué conduce semejante doctrina? Á subordinar el Estado á la Iglesia y los reyes al papa, á hacer del catolicismo la ley de todas las relaciones públicas y privadas. ¿Que se nos diga si quedaría aún una sombra de independéncia á la soberanía civil, una sombra de libertad á los individuos!

§ III.—La reaccion religiosa.

N.º 1.—La educacion de los jesuitas.

Tal es el papel que los jesuitas han jugado en las guerras, en las insurrecciones y en los complots que acompañaron á la reaccion católica. Ese es el lado odioso de su historia. Si triunfaron en Alemania, fué á costa de torrentes de sangre derramados durante treinta años, fué á costa de la maldicion de los pueblos. En Inglaterra y en Francia frac-

(1) *Déclaration des consuls et échevins de Lyon de 1589* (*Archives curieuses*, serie 1.ª, t. XII, p. 309).

(2) *Remontrance des États de Blois au roi* (*Mémoires de la Ligue*, t. III, p. 106).

saron completamente sus intrigas; no produjeron más que un efecto, el odio de su nombre. Para ser justa, la reprobacion debía dirigirse más arriba, porque, como hombres de violencia, los jesuitas no han sido más que un arma en las manos del papa. La orden de Loyola ha tenido otra esfera de accion ménos ruidosa; pero de una influencia más profunda y duradera, la educacion de la juventud. Sigamos á los jesuitas en este terreno; es su título de gloria, á los ojos de los católicos; á los ojos de los libres pensadores, es su título de condenacion.

Los jesuitas que han escrito la historia de su Compañía hacen observar que es la primera comunidad religiosa que se haya propuesto por objeto la instruccion de la juventud, y dicen que fué por un Jón especial de la Providencia, por una gracia divina (1): "Es increíble, dice *Rivadeneira*, cuán provechosa es la educacion para la Sociedad de Jesus y para la fe cristiana; mantiene á los hijos católicos en la religion de sus padres; atrae un número infinito de jóvenes que pertenecen á familias heréticas, y los hijos convierten inmediatamente á sus padres," (2). Los colegios de los jesuitas fueron el gran instrumento de su propaganda. Ábrase la historia de la orden, escrita por los reverendos padres con fe y en el primer fervor religioso, y se leerá á cada página: la Compañía fundó un colegio en tal ciudad, y despues siguen los detalles sobre la prosperidad de estos establecimientos y su influencia en la renovacion del catolicismo. La historia de la orden es la historia de sus colegios; un nuncio del papa los llama las fortalezas de la fe (3), y se les podría comparar con las colonias que los Romanos enviaban á los países bárbaros, á fin de consolidar la conquista, extendiendo á su alrededor la lengua y la civilizacion de la metrópoli. Los colegios de los jesuitas fueron los centros de la reaccion católica.

Fácil era á los jesuitas impresionar las tiernas almas de sus alumnos: es una cera, como ellos mismos dicen, á la cual da el maestro la forma que le place (4). Empleaban su influencia para mante-

(1) *Acta Sanctorum*, Jul. vii, p. 429, números 313-317.—*Historia Societatis Jesu*, t. i, p. 2 y 42 (lib. i, núm. 5, lib. ii, número 64).

(2) *RIVADENEIRA*, *Vita Loyolæ*, c. 24 (*Acta Sanctorum*, Jul. vii, 731).

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. v, l, p. 288, núm. 46. "Videri divinitus ad conservandam religionem, et expugnandam impietatem genitam provecantemque et roboratam hanc aciem" (1586).

(4) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 23, núm. 103.

ner en el buen camino á los que ya eran católicos, y para atraer al seno de la Iglesia á los que el veneno de la herejía infectaba; que tal era la reputacion de los colegios dirigidos por la Compañía, y tal la simpleza, hay que añadir, tal la ceguedad de los reformados, que confiaban sus hijos á los reverendos padres. Estaba convenido que los jesuitas no harían propaganda; y ellos mismos van á decirnos cómo respondían á la confianza de los padres: "En *apariciencia*, dice el historiador de la orden, no eran educados los protestantes en la fe católica; pero los profesores se daban tal arte, que sus alumnos herejes se hacían los creyentes más celosos y convertían á toda su familia," (1). Oigamos, además, al historiador de la Compañía acerca de lo que pasó en Praga, donde los Husitas tuvieron la candidez de entregar sus hijos á los jesuitas: "Los espíritus sencillos y manejables seguían fácilmente la mano que los dirigía, y abrazaban insensiblemente la fe de sus maestros. No se necesitaba mucho trabajo para apartarlos de la lectura de los libros heréticos; ellos mismos se denunciaban mutuamente cuando alguno tenía uno de esos escritos apesados," (2). ¡Qué simpática es esta *traicion mutua*, y qué bien saben los jesuitas desarrollar el sentimiento moral en la juventud! Lo mismo sucedió en todas partes. En Viena y en toda la Alemania inferior, los hijos protestantes educados por la Compañía convertían á sus padres: "Daban la vida inmortal á aquellos de quienes habían recibido la vida mortal," (3).

Así sabemos por los mismos jesuitas qué designio se proponían en su enseñanza. Un ilustre escritor, que ha poetizado el cristianismo, traza también un cuadro poético de la educacion de los jesuitas: "Eran singularmente agradables para la juventud, dice *Chateaubriand*; sus maneras cultas quitaban á sus lecciones el tono pedantesco que repugna á la infancia. Como la mayor parte de sus profesores eran hombres de letras, rebuscados en todo el mundo, los jóvenes creían hallarse en una ilustre academia. La Europa sabia ha experimentado una pérdida irreparable en los jesuitas. Natu-

ralistas, botánicos, químicos, matemáticos, mecánicos, astrónomos, poetas, historiadores, traductores, anticuarios, periodistas, no hay una rama de las ciencias que los jesuitas no hayan cultivado con brillo." La realidad está lejos de responder á este ideal. ¿Cuál es el objeto de la instruccion y de la educacion? El desarrollo de las facultades intelectuales y morales del hombre. Y ¿cuál es el fin de la educacion de los jesuitas? "El fin al cual aspira la Compañía, dice Loyola, es ayudar á las almas de sus miembros y á las de sus prójimos á alcanzar la beatitud final para la que han sido creados. Á este efecto hay que juntar la ciencia al ejemplo de una vida pura. Así, despues de haber echado en el espíritu de los novicios el fundamento sólido de la renuncia de si mismo y del progreso en la virtud, se ocupará en el edificio de las bellas letras, á fin de llegar más fácilmente á conocer y honrar mejor á Dios." La piedad es el fin, hé ahí lo que es perfecto; pero ¿qué era la piedad en el siglo XVI? ¿Qué es todavía? "En el colegio germánico de Roma, dice un reverendo padre, *los alumnos eran educados para odiar la herejía y venerar la majestad y santidad de la Iglesia romana*," (1). ¿Cómo se llegaba á inspirar esta idolatría de la Iglesia y este odio de las sectas? La herejía es la manifestacion del libre pensamiento, es la rebelion de la razon contra una dominacion ejercida en nombre de una pretendida fe revelada. Para someter la razon á esta tiranía, para impedir el ejercicio legítimo de una facultad divina, hay que humillarla ante la fe; en vez de desenvolverla, es preciso detenerla ó viciarla, hasta el punto de que para siempre renuncie á abrir los ojos á la luz. La educacion de los jesuitas es la educacion que daban los Escitas á sus esclavos: á fin de tener servidores obedientes, los cegaban. Los jesuitas quieren formar discípulos que sean, como sus maestros, instrumentos en las manos de Roma, y ciegan su inteligencia. Lo que decimos de la educacion de los jesuitas se puede aplicar á toda educacion católica, porque la educacion católica tiene por fin supremo la religion; y como el catolicismo está fundado en una revelacion milagrosa, estando el fin en oposicion con la razon, es necesariamente preciso impedir que ésta se desarrolle. Puesto que la razon no puede aceptar la revelacion, la razon debe

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 25, núm. 108. "Ita erudiebantur ut nominatim minime vocarentur ad fidem catholicam."

(2) *Historia Societatis Jesu*, t. i, p. 400, núm. 21. "Nullo negotio ab librorum lectione hæreticorum abducebantur, seseque probebant in vicem, si apud quem ejusmodi pestium quidquam viderent."

(3) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 201, núm. 168; t. iii, página 116, núm. 119; t. ii, p. 133, núm. 110.

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. ii, p. 124, núm. 64.

someterse; y para que se someta, la Iglesia la destruye ó la corrompe.

Se dirá que calumniamos á los jesuitas y al catolicismo. Respondan por nosotros los jesuitas. Los establecimientos que fundaron en el Paraguay son celebrados por los escritores de la Compañía como el tipo de una sociedad cristiana (1). Veamos cuál era este ideal. Los niños aprendían á leer y á escribir dos lenguas, el español y el latín; copiaban admirablemente y cantaban que era un asombro; pero no comprendían ni una palabra de lo que escribían ni entendían una palabra de los himnos con que celebraban las alabanzas de Dios! Hé ahí, pues, máquinas, como ya lo hemos dicho. El desarrollo intelectual era, por consecuencia, nulo. ¿Cuál podía ser la moralidad de estos autómatas? Estaban formados para obedecer á los reverendos padres de la propia manera que los discípulos de Loyola obedecen á su jefe: esa era toda la moral, toda la religión de los Indios. Niños por relación á la inteligencia, quedaron también niños respecto de todas las facultades del alma. Los hechos lo atestiguan. Habían dirigido los jesuitas durante tres generaciones la educación de la tribu de los Guaranis. ¿Qué hicieron los Indios cuando la Compañía fué expulsada del Paraguay? Volvieron á sus selvas. Eran máquinas que se detuvieron cuando faltó el mecánico que las hacía marchar (2).

Hé ahí el ideal de la educación jesuítica: ¿nos equivocamos al decir que consiste en impedir el desarrollo de las facultades del hombre ó en viciarlas? Felizmente para la humanidad, no han podido los jesuitas realizar su ideal en el mundo europeo, como lo han hecho en el Paraguay; pero las tendencias son las mismas. Se encomia sus establecimientos de instrucción en los siglos XVI y XVII. Quien dice instrucción dice desarrollo de la inteligencia, progreso. La Edad Moderna es, en efecto, la edad de la emancipación de los espíritus, la época de los grandes descubrimientos de la ciencia, de los trabajos filosóficos, históricos, literarios. ¿Qué papel han jugado los jesuitas en este movimiento? No les han faltado hombres inteligentes, y, sin embargo, encontramos siempre á la Compañía entre los enemigos de la razón y del progreso.

(1) «Los jesuitas habían hecho del Paraguay un paraíso sobre la tierra» (VIBULLOT).
(2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 61, nota 16.

Copérnico enseña que la tierra gira alrededor del sol; la Sociedad de Jesús contaba sabios astrónomos en su seno; ¿se apresuraron acaso á adoptar la verdad que reemplazaba al error? Nada ménos que eso: rechazaban la luz; prohíben profesar la verdad, hacen el oficio de inquisidores; ¡y jesuitas astrónomos son precisamente los que toman esta singular iniciativa! (1). Nada más lógico. ¿Qué importa la ciencia á la Compañía y al catolicismo? Para los jesuitas y los católicos, la ciencia no es más que un instrumento; y cuando el instrumento amenaza volverse contra los que de él se sirven, se le rompe. Los descubrimientos de Copérnico comprometían la autoridad de la Biblia y de la revelación; tratóse de sofocarlos, como la Inquisición obligó á Galileo á retractarse, porque la Sagrada Escritura con sus errores vale más que toda la ciencia del mundo, pues la Biblia da el poder y la dominación, mientras la ciencia emancipa el espíritu humano.

Descartes cumplió en la filosofía, en el siglo XVII, una revolución tan importante como la de Copérnico y Galileo en la astronomía. Los jesuitas enseñaban las ciencias filosóficas: ¿es que van á abandonar la vieja rutina de la escuela? La Compañía fué la enemiga encarnizada del filósofo francés: «Desde que aparece la filosofía cartesiana, dice Cousin, los jesuitas se deciden á combatirla, á pesar de todas las preocupaciones de Descartes. Persiguieron con tenaz violencia á los cartesianos más irreprochables, ya en la universidad, ya en el oratorio, ya en su propio seno, durante más de cuarenta años... ¿Por qué esta persecución? Los jesuitas estaban apegados á las doctrinas de Aristóteles porque el peripatetismo era antiguo, admitido por la tradición y la autoridad, y rechazaban el cartesianismo porque era nuevo, porque contenía en sí un atrevimiento generoso, el sentimiento enérgico del derecho y de la dignidad del pensamiento... En apariencia combatían los jesuitas por Aristóteles, pero en realidad iban contra la razón humana, y todos los golpes que cayeron sobre el cartesianismo se dirigían á la filosofía misma» (2).

Los jesuitas eran muy consecuentes; su *Plan de estudios* nos dirá lo que es la enseñanza filosó-

(1) HENKE, *Kirchengeschichte*, III, p. 270.
(2) COUSIN, *Pascal*, p. 71-76.

fica en las manos de la Compañía, como en todo establecimiento católico: «Los profesores de filosofía deben haber profesado un curso de teología durante dos años, á fin de que su enseñanza sea más segura y de que su doctrina esté en una completa dependencia de los dogmas teológicos. Si los hubiere inclinados á la novedad, ó de un espíritu demasiado libre, hay que apresurarse á alejarlos de sus cátedras» (1). ¡Hé ahí la filosofía de los jesuitas! La filosofía es en esencia el libre pensamiento, y la Compañía de Jesús no quiere la libertad de pensar. Si por accidente se deslizan en su seno hombres de un espíritu independiente, la Compañía les impone silencio, y en caso necesario los encierra en la Bastilla, como hizo con el padre Andres, culpable del crimen irremisible de no haber querido tratar á Malebranche de ateo. Pero no tenemos razón para acusar á los jesuitas; su *Plan de estudios* no hace más que consagrar la doctrina católica; la filosofía ha sido y será siempre en el catolicismo la sierva de la teología.

La historia, ese testigo irreprochable cuando se le deja decir la verdad, no era tampoco más del gusto de los jesuitas que la filosofía y la astronomía: no la enseñaban en sus colegios, y con razón; y cuando la escribían, la falseaban en cuanto la Iglesia y sus pretensiones estaban en juego. Un sínodo de París reprobó el culto de las imágenes tal como estaba consagrado por el concilio de Nicea y tal como se practica todavía por la Iglesia romana. Esta protesta contra la idolatría católica molestaba á los jesuitas y contrariaba su amor á las supersticiones. ¿Qué hizo el más sabio doctor de la Compañía? Belarmino tuvo la osadía de sostener que el concilio de París era una falsificación protestante (2). Y, sin embargo, la pretendida falsedad resulta ser una verdad, reconocida hoy por los mismos católicos. La historia es tan peligrosa como la filosofía para la ambición de la Iglesia, y hé ahí por qué no la aman los jesuitas. Se halla en el seno de la Compañía un escritor honrado, y se le obliga á guardar silencio, porque no se le permite decir la verdad. El jesuita alemán Brunner, encargado por el archiduque Maximiliano de escribir la historia de Baviera, se detuvo en el año 1814,

(1) *Ratio studiorum Societatis Jesu* (Romae, 1616), p. 4, número 16.
(2) BELLARMINUS, *De cultu sanctorum*, lib. II, fine.

cuando Luis el Bávaro fué elegido emperador. Era la época más gloriosa para la patria del historiador: ¿por qué, pues, no continuó su obra? El mismo Brunner lo dice: «Deja á una pluma más libre el cuidado de proseguirla, y la abandona á su pesar porque teme reproches, y acusaciones, y acaso persecuciones.» Hubiera sido preciso, en efecto, revelar las violencias inauditas de los papas de Avignon, hubiera sido preciso justificar la resistencia que les opuso el emperador de Alemania, ó habría tenido que alterar los hechos: Brunner prefirió callarse.

Quedan las bellas letras, el estudio de las lenguas: esa es la gloria de la educación jesuítica. Ciertos estudios literarios se compadecen perfectamente con la dependencia servil del espíritu; se puede pasar la vida escudriñando cuestiones de filología y de antigüedades, sin dejarse llevar un instante á un movimiento de libre pensamiento: hé ahí por qué cultivan los jesuitas con preferencia las lenguas, y, sobre todo, las lenguas muertas. Pero aún en este terreno no ha producido la Compañía un solo hombre extraordinario; cuenta talentos más ó ménos estimables en masa, no posee un genio; y es que el genio exige libertad, y entre los jesuitas reina la servidumbre más absoluta: el hombre se convierte en cadáver. No teniendo en sí ningún principio de vida, ¿cómo podrían comunicar vida á la juventud de las escuelas? Aún hay mucho que rebajar de la reputación que se les ha formado como maestros de lenguas, si hemos de creer á un miembro de la Compañía y uno de los más ilustres, Mariana (1). Pero no queremos disputarles el honor que les corresponde; consignamos únicamente que falsean la literatura como la historia. El *Plan de estudios* exige que se expurguen los poetas de Roma y se les preste un hábito cristiano; la intención, aunque excelente, prueba cuán estrechos son los sentimientos de la Compañía. Nosotros no tenemos ya ediciones expurgadas en nuestros colegios; ¿es por eso menor nuestra moralidad?

«¿Qué importa, dirán los celosos? Lo que á vuestros ojos es un vicio, es una virtud para nosotros; preferimos una generación religiosa, católica hasta la ceguera, á una juventud sabia, inteligente, pero indiferente é incrédula.» Nada hay que

(1) MARIANA, *Discours des défauts du gouvernement des jésuites*, c. 6 (*Mercurie jésuite*, t. II, p. 116).

responder á los que quieren la restauracion de la Edad Media, porque tienen ojos para no ver y oídos para no oír. Hay católicos ménos fanáticos que no creen la razon incompatible con la fe, que quieren, por consiguiente, el desarrollo de la inteligencia, y á esos hay que advertirles en qué consiste la piedad en que se educa á la juventud en los colegios de jesuitas. Aún hay familias más ó ménos hostiles á la Iglesia que confían sus hijos á los reverendos padres, é importa que sepan en qué sentimientos se les educa. Lo que vamos á decir puede parecer historia antigua; mas la historia antigua, en todo lo que concierne al catolicismo, es siempre historia moderna: ¿no es la Iglesia romana inmutable como la verdad eterna?

N.º 2.—*Las supersticiones jesuíticas.*

I.

Léese en el periódico de *l'Estoile* que la doctrina de los jesuitas "se compone de dos especies de devocion, la una refinada para las damas, la otra grosera para el vulgo, que se puede llamar supersticion, á la cual se deja atraer y seducir el pueblo bajo por los que trafican y se lucran con esta mercancia como enteramente jesuitas que son, aderezados de ceremonias, y á los cuales tengo por verdaderos enemigos de la religion," (1). La supersticion renació, en efecto, donde quiera que se establecieron los jesuitas. Apenas hubo la Compañía fundado un colegio en Tréveris, cuando se mostraron en él públicamente las reliquias, lo que no se habia hecho despues de largos años por indiferencia del pueblo. "El colegio de Halle, dice el historiador de la orden, produjo los frutos que se esperaban: la veneracion de los santos, las oraciones por los muertos, las procesiones, que habían caído en desuso, han recobrado su antiguo honor, con gran provecho de la ciudad." En Ingolstad, los alumnos de los jesuitas hicieron peregrinaciones para fortificarse "con el rocío celeste que emanaba de las tumbas de los santos." Lo propio sucedió en Suiza: el culto de las imágenes milagrosas reapareció con los reverendos padres (2). No se contentaron los jesuitas con el catolicismo

(1) L'ESTOILE, *Journal*, t. III, p. 283 (PETITOT, t. XLVIII).
(2) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 202, núm. 176; t. III, página 280, núm. 90.—RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, tomo III, p. 84, 122; 418.

de la Edad Media, ya tan rico en obras exteriores; las inventaron nuevas: su piedad era grande, queremos creerlo, pero amaban la ostentacion; de aqui un culto cada vez más material, como si la religion consistiera especialmente en hablar á los ojos: no se adoró sólo al Cristo, se adoró la cruz, se adoró el corazón ensangrentado de Jesus; despues vinieron los amuletos, los talismanes, las imágenes parlantes, movientes, ensangrentadas, verdadero paganismo cristiano. Para alimentar estas supersticiones, organizó la Compañía mil cofradías, cofradías del nombre de Jesus, cofradías del Cordon, cofradías de la Virgen, cofradías del Escapulario, cofradías del Rosario y otra infinidad (1). Se cultivó la credulidad por sistema. En el colegio germánico de Roma se educaba á la juventud alemana en la piedad, "y sobre todo, en las prácticas que la impiedad de los protestantes habia tratado de destruir," (2). Era un buen cálculo: con sus pequeñas devociones, los jesuitas atraían y encadenaban las pequeñas almas, es decir, la inmensa mayoría de los hombres.

La reversion al viejo culto tenia algo de artificial en el sentido de que era calculada; y hay que añadir que por lo mismo que el jesuitismo era una reaccion religiosa contra el movimiento protestante debia conducir á un recrudescimiento de las devociones católicas, puesto que el catolicismo práctico no se componia, por decirlo así, más que de obras exteriores. El fundador de la orden puso una gran inteligencia y un carácter de hierro al servicio de estas mil y una supersticiones. Su buena fe es incontestable. Pudiera creerse que se habia de encontrar en San Ignacio el principio de astucia, íbamos á decir de doblez, que caracteriza la política de su Compañía; pero admira encontrar un hombre entusiasta hasta la locura más bien que un diplomático. Inauguró su carrera de santo con una peregrinacion á Montserrat, donde habia una imagen milagrosa de la Virgen, y desde entonces se consagró por entero al servicio de la Madre de Dios: frecuentes apariciones le atestiguaron su existencia divina; le apareció con el niño Jesus, para confirmar que seria la patrona de la Sociedad cerca de su Hijo (3). Loyola llevaba siempre con-

(1) GISELER, *Kirchengeschichte*, t. III, 2, § 60, nota 23.
(2) *Historia Societatis Jesu*, t. V, 1, p. 314, núm. 11.
(3) *Acta Sanctorum*, Jul., t. VII, p. 414, núm. 29.—*Historia Societatis Jesu*, t. I, p. 4, núm. 13.

sigo una imagen de la Virgen, y decia que en mil ocasiones habia experimentado las beneficios de su apoyo omnipotente (1).

La devocion de San Ignacio por la Virgen pasó á sus discipulos, los cuales combatieron contra los dominicos por la immaculada concepcion de la Madre del Cristo. Santo Tomas de Aquino, el gran doctor de la Edad Media, habia rechazado esta nueva supersticion; los jesuitas quisieron ser más devotos que los santos, y era, por otra parte, una excelente ocasion de abatir á sus rivales: la supersticion acabó por prevalecer sobre la tradicion y sobre el buen sentido (2). Los hombres más notables de la Compañía se distinguían ante todo por su devocion á la Virgen: Borgia, general de la orden, es celebrado por el historiador de la Sociedad por haber extendido el culto de Maria, culto que era ya una verdadera idolatria (3); otro general de los jesuitas les recomendó la adoracion particular de la Santa Virgen, "patrona generosa que procuraba á sus devotos todos los dones celestes: ¿no era justo que los que se llamaban la milicia del Hijo profesasen un respeto singular á la Madre?" (4). Este culto no estaba exento de cálculo, como toda la piedad de los jesuitas: procuraban pasar por los favoritos de la Virgen; y así, no perdian ocasion de hacer observar que, si ofrecian á la Madre de Dios homenajes extraordinarios, ella se los pagaba con largueza, honrándolos con una benevolencia especialísima (5). Si la proteccion divina estuviera en relacion con la extravagante pasion de los adoradores de Maria, los jesuitas debian ser los niños mimados del buen Dios: uno de los reverendos padres llegó hasta desear que el mundo no fuera más que un rosario! (6).

Lo que nosotros llamamos supersticion, los católicos lo celebran como el ideal de la piedad, y se complacen en oponer á los incrédulos la bienhechora influencia que el culto de la Virgen produce en los fieles. Por esta cuenta, seria preciso restablecer los altares de Júpiter y de Apolo, porque las historias antiguas están llenas de ejemplos de piedad y de virtud, fruto de la adoracion de los idolos; y en realidad, toda religion, aunque viciada

por el error, es bienhechora. Pero la medalla tiene su reverso. Los cultos materiales contribuyeron en la antigüedad á corromper las costumbres; y al dar formas materiales al espiritualismo cristiano, ¿no corrian los jesuitas el riesgo de restaurar el materialismo bajo colores espirituales? La imagen de una mujer jóven y hermosa, que los devotos tenían incesantemente delante de los ojos, exaltaba su imaginacion y les inspiraba pensamientos que no eran siempre muy puros. Oigamos al historiador de la orden: "Un reverendo padre, extasiado ante la belleza inefable de la Virgen, fué trasportado al punto de que se le vió suspendido en el aire," (1). Esto es un milagro á lo San Cupertino, mas dudamos que se hayan manifestado siempre de esta manera los trasportes de los jesuitas. Y es el historiador de la Compañía quien nos inspira esta sospecha. Cuenta que murió un novicio en 1581 en el colegio de Roma, el cual tenia, dice, rudos combates que sostener contra el demonio; pero la Santa Virgen le sostuvo y le fortificó, haciéndole beber la sangre de su Hijo, y "áun á veces le daba á gustar la dulzura de sus santos pechos," (2). ¡Hé ahí el culto que forma la base de la piedad en los colegios de jesuitas! Bien pronto se formaron cofradías para la adoracion de la Virgen: fundadas primero en Génova, en Perusa y en Roma, se extendieron rápidamente por el mundo cristiano bajo la influencia de los jesuitas. Una bula de Gregorio XIII las aprobó y les concedió indulgencias, "para inspirar á la juventud buenas costumbres y la verdadera piedad," (3). El *Plan de estudios* mandó introducir estas asociaciones en todos los colegios: "Los profesores deben ante todo recomendar á sus alumnos el culto de la Santa Virgen," (4). Á los que sostuvieran que una supersticion, es decir, un error del espíritu, no es á propósito para cultivar la inteligencia y el corazón de los jóvenes, responderian los jesuitas que los milagros atestiguan juntamente la divinidad de su protectora y el apoyo que otorga á sus adoradores (5). ¡Así, una supersticion se prueba y confirma con otra supersticion!

(1) *Historia Societatis Jesu*, t. IV, p. 230, núm. 290.
(2) «Subinde etiam de suis sanctissimis mammis gustandam dulcedinem præbens.» *Historia Societatis Jesu*, t. V, 1, p. 12, números 58 y 59.
(3) *Historia Societatis Jesu*, t. II, p. 263, núm. 7.—*Bullarium Magnum*, II, 517.
(4) *Ratio studiorum*, p. 22, núm. 23.
(5) *Historia Societatis Jesu*, t. V, 1, p. 165, núm. 15.